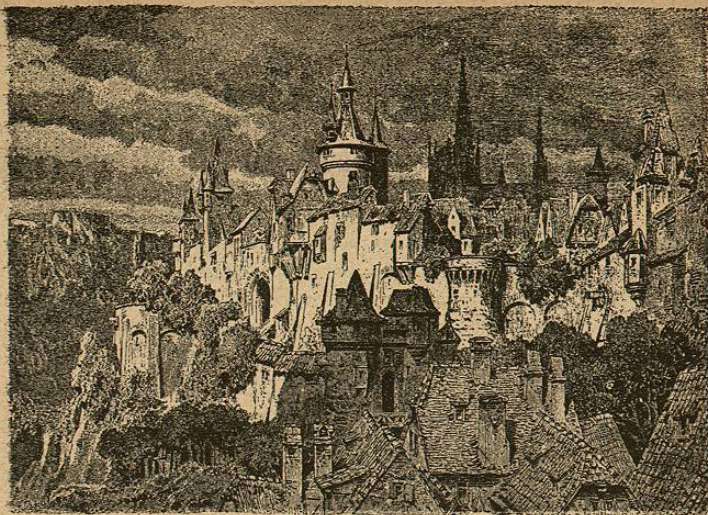


jores de ambos sexos á la creciente degeneración y corrupción; y en efecto, había aun á fines del siglo xv familias nobles, siendo el castellano un verdadero caballero y la castellana una madre de familia modesta y laboriosa, ama y maestra cariñosa de sus hijos; pero todas las virtudes y todos los esfuerzos de unos cuantos individuos eran incapaces de contener la decadencia y el desmoronamiento del conjunto. Los ideales del romanticismo habían palidecido, las formas de sus manifestaciones se habían desvencijado y el mundo romántico caballeresco corría á paso rápido hácia el ocaso.



MURALLAS DE CIUDAD.

VII.

Aldea y ciudad.

¿Qué aspecto tenían entretanto la aldea y la ciudad y qué pasaba entre los campesinos y los burgueses? Pesadamente cargaba la pirámide del Estado feudal sobre su base, la clase de los labriegos; mas á pesar de esto, en todas partes donde el duro *derecho señorial* no procedía material ni moralmente hasta sus últimas consecuencias, el labriego alemán ha estado mucho mejor durante los siglos xii, xiii y xiv que en los tres siguientes. Los efectos civilizadores de las Cruzadas se extendían sobre la agricultura, la colonización de las regiones eslavas en las marcas del Este y Nordeste daba al labriego la ocasión de sustraerse al yugo de su patria, al paso que precisamente esta posibilidad obligaba á los grandes y pequeños señores á no ser demasiado rigurosos en el sostenimiento de sus derechos para no llevar á sus siervos y vasallos á la desesperación y á la fuga. Con todo, la mayoría de los labradores alemanes permanecía sierva y ascripta á la gleba, es decir, á medias ó del todo fuera de todo derecho, expuesta á toda arbitrariedad y vejación, considerada y tratada más ó ménos como cosas, como mercancías que podían cambiarse, venderse ó regalarse, pues efectivamente se hacían regalos de siervos sin más ceremonia que cuando hoy regalamos un ramillete, un

juguete ó una obra artística. Un conde Atman de Kiburgo, por ejemplo, regaló, como consta en un documento del año 1230, á su querida esposa Margarita por presente de boda la aldea de Veltein con todos sus siervos de ambos sexos. No falta motivo para decir que en los *buenos y piadosos tiempos antiguos*, en la *mágica noche de luna* del romanticismo de la Edad media, se hacía en Alemania un verdadero comercio de esclavos, y no solamente con prisioneros de guerra extranjeros, sinó con hombres, mujeres y niños del país. Sobran documentos como el del caballero Conrado de Urach, extendido en el año 1333, en virtud del cual dicho caballero vendió al abad de Lorche, por la suma de tres libras de maravedises (unas cinco pesetas), dos hermosas siervas, Inés y Mailt, con sus hijos. No hay para qué nos horrorizemos farisáicamente de esto, porque la servidumbre labriega era una consecuencia lógica del estado feudal y este mismo una necesidad histórica. Además, la servidumbre corporal era ciertamente ménos deshonrosa para el labrador alemán del siglo XIV, de lo que es la servidumbre intelectual para el labrador alemán del siglo XIX.

La agricultura se extendió considerablemente á partir del siglo XII, porque la tala de los montes le proporcionaba mucho terreno nuevo y se hacía más variado el cultivo de cereales y legumbres, perfeccionándose al mismo tiempo los aperos de labranza. El cultivo de los árboles frutales y de las viñas se hacía con más esmero y más variedad, distinguiéndose en esto los conventos, que también se aplicaban con ahinco á la piscicultura en los estanques. El enorme consumo de miel para preparar la *bebida pura*, y de cera para la fabricación de los cirios, había de fomentar la apicultura. En la ganadería la cria de cerdos y caballos era la más atendida, porque la carne de cerdo era el alimento ordinario de ricos y pobres y la caballería necesitaba continuamente de caballos de caza, torneo y batalla en abundancia. A partir del siglo XIII, la creciente demanda de lana fomentaba también visiblemente la cria de carneros y al mismo tiempo empezábase ya á reprimir la destrucción de los bosques, porque los precios cada vez más elevados de la madera, especialmente la de construcción, aconsejaban economizar los árboles. Por lo demás, las florestas alemanas abundaban todavía totalmente en caza pues el *arte venatorio*, grande y pequeño, la caza *alta y baja*, se practicaban no solamente por gusto, sinó también y mucho más por cuestión de ganancia. Entonces y todavía mucho tiempo después, hasta el siglo XVIII, los que tenían derecho á cazar podían contar con una renta como producto de la caza. La caza *alta* era reservada á la nobleza, la *baja*, es decir, la captura de animales silvestres mediante trampas y lazos, era también permitida al labrador, por supuesto si tenía terreno propio; mas andando el tiempo se quitó al labriego todo derecho de cazar, pues á medida que en muchas partes de Alemania la comunidad de los labradores libres iba reduciéndose, ó aun desapareciendo, aglomerándose la propiedad rústica en manos de unos pocos, el derecho de caza inherente originalmente en el suelo, se convertía en privilegio exclusivo de señores prepotentes que castigaban con dureza y crueldad toda intrusión como atentado contra su propiedad. Cuando luego se desarrolló la noción de la soberanía del Estado, el derecho de caza fué proclamado derecho de so-

beranía y declarado *realengo*, quedando con esto convertido en ley el derecho ó mejor dicho la injusticia de cazar en territorio ajeno.

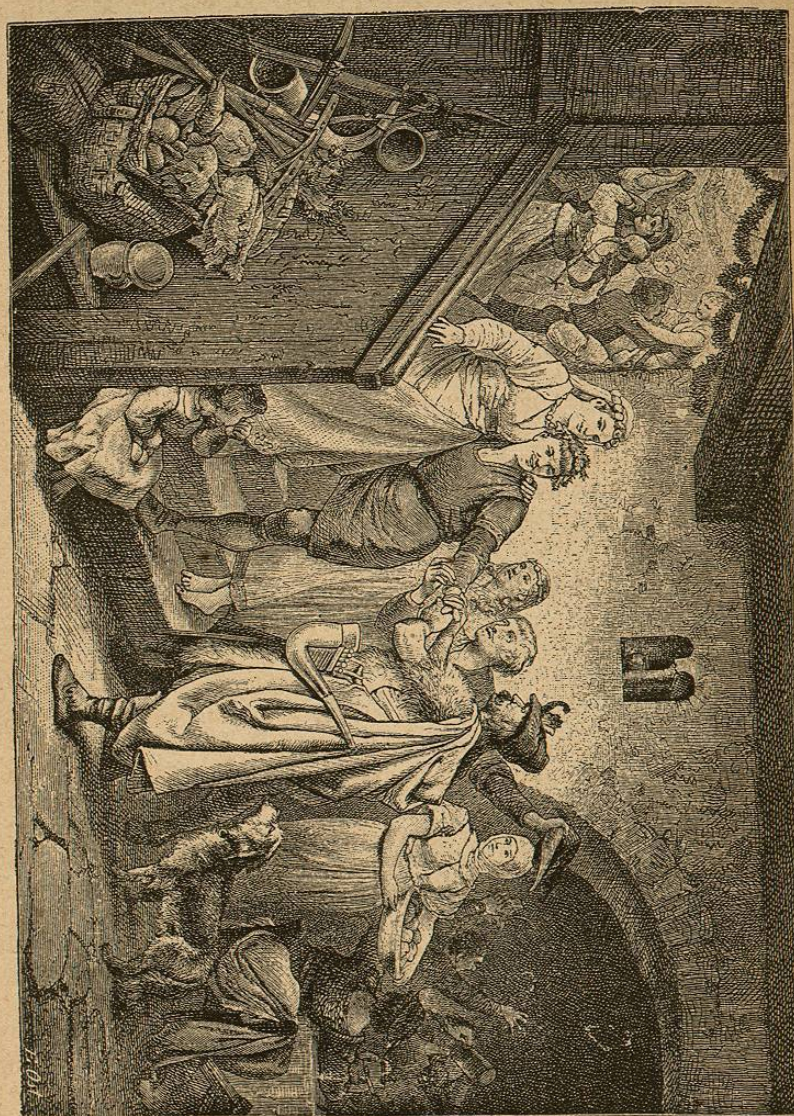
Por supuesto, los labriegos que habían conservado su antigua libertad, distinguíanse esencialmente de los siervos y pecheros en todo su modo de ser y vivir, presentando un aspecto muy diferente sus alquerías y lugares. Pues mientras que las chozas de los labriegos pecheros, construídas de madera, barro y paja, no se diferenciaban casi en nada por fuera de sus pocilgas, el labrador libre de Sajonia y Vestfalia, de Suabia y Suiza, de Baviera y Austria, vivía en casas relativamente elegantes construídas, según el país, de madera ó de entrama ó de piedra, provistas de verdaderas puertas, ventanas, (aunque sin cristales) y escaleras y dotadas suficientemente de muebles y demás ajuar. Esta clase de aldeanos acomodados, recibió un notable aumento por la introducción del sistema de los arriendos cada vez más frecuente del siglo XIII al XV, encontrando los dueños, nobles ó eclesiásticos, más ventajoso el confiar sus tierras á labradores libres, en vez de hacerlas cultivar mal por siervos ganadores, pues los primeros, además de pagar regularmente el precio del arriendo, tenían interés en cultivar bien los campos para sacar todo el producto posible. Era conveniente lo mismo para el propietario que para el colono, el hacer duradera esa relación mútua fructífera para ambas partes, y así el arriendo temporal se convirtió en arriendo hereditario, pasando el cortijo de padre á hijo. Mejoró mucho la situación de los labradores libres y de los colonos la circunstancia de cambiarse sus prestaciones de tributos y rentas en cantidades fijas de dinero en lugar de los productos mismos, porque de esta manera redundaban en beneficio de ellos la subida de precio relativamente rápida de los productos de la agricultura.

El genuino labrador alemán había heredado de sus antepasados la afición á preferir á la vida de la aldea la de un cortijo aislado, de modo que las comunidades compuestas del todo ó en gran parte de heredades libres ó arrendadas formaban distritos muy diseminados. En semejantes aldeas de la Alemania meridional y en su campiña representábanse las escenas rústicas descritas en sus canciones y cuentos burlescos por los poetas contemporáneos Tanhuser, Nitardo, Berner (el *jardinero*) y otros á veces con evidente muestra de envidia, porque los recursos de los aldeanos les permitían vivir tan ufanamente. Pues nos presentan jóvenes aldeanos con botas y espuelas, sombreros con plumas y espadas al costado, cortejando á las aldeanas bajo el tilo del pueblo, remedando groseramente los preceptos de la cortesía. Las beldades aldeanas á su vez con vestidos de cola á la moda, el espejo de mano colgando del cuello ó del cinturón, el cabello recogido con galones de seda y ataviados con una corona de flores, miran por encima de los galantes patanes á los caballeros más elegantes que efectivamente acuden en busca de aventuras con las rollizas mozas y nada reacias, cómo ha descrito graciosamente el divertido Nitardo. Más seria es la célebre historia aldeana de Helbertho, el hijo del colono, que nos ha contado magníficamente Berner el *jardinero*, á principios del siglo XIII, y que tiene un final trágico. Ese cuadro de costumbres lleno de vida nos presenta un joven aldeano de familia acomodada

que pretende hacer de caballero, pero llega solamente á ladrón, siendo por fin privado de los ojos y luego ahorcado en castigo de sus fechorías; esta novela rústica más antigua alemana nos enseña también la profunda corrupción moral y la humilde barbarie que se ocultaba detrás de las formas elegantes del romanticismo.

Otro cuento aldeanesco tomado de la vida positiva é importante para la historia de las costumbres nos ha sido transmitido del siglo xiv, bajo el título de la *boda de Metzi*. El teatro del cuento debe de haber sido un lugar cerca del lago de Constanza, tal vez en el cantón de Turgovia. El jóven colono Berschi quiere á la jóven Metzi y ella á él, pero á condición que se case con ella en toda honestidad; Berschi acepta, y en presencia de los parientes de ambos lados se procede á los desposorios después de arreglar el negocio con minuciosidad rústica. Metzi trae al novio como dote un caballo, una vaca, un becerro, un macho cabrío y tres colmenas, y recibe en cambio una mojada de linar, dos ovejas, un gallo con catorce gallinas y una libra de peniques. Después de convenir en esto se determina celebrar el casamiento la misma noche y *sin cura*. Entonces empieza en la espaciosa casa de Berschi el convite de boda, al que invitan á los vecinos con todas sus familias. Cubos de mijo con leche, luego tocino y nabos, después salchichas y finalmente la *pasta de boda*, fueron comidos con las manos y cucharas (pues ya tenían cucharas los aldeanos del Sur de Alemania, mientras que los tenedores no empezaron á usarse en Alemania antes de principios del siglo xvi, y principalmente las casas finas) y beben vino en tanta abundancia que los convidados acaban por no saber *si es de día ó de noche*. Entonces conducen á la novia á la cámara nupcial, donde Berschi la está esperando, siendo costumbre rústica que la novia debe resistirse protestando y gritando *¡ay! ¡ay!* La mañana siguiente llevan á la cama de la pareja la sopa de desayuno con las debidas felicitaciones. Entonces Berschi regala á su esposa Metzi como *presente matutinal* una hermosa marrana, después se verifica la carrera de boda, es decir, el jóven matrimonio es conducido á la iglesia al són de flautas y tambores por todos los aldeanos y *juntado* allí posteriormente. Luego se vuelve á comer y beber en grande en casa del novio, mientras que los *dos hombres más gallardos* se colocan al lado de la novia para recibir por ella los regalos de boda, un cubo de ordeñar, un tarro, un peine, un cinturón, un espejo de mano, piezas de tela y treinta peniques de dinero, incumbiendo al padre de Metzi el dar las gracias por estos regalos. Luego toda la compañía se dirige al tilo del pueblo, debajo del cual empiezan á bailar; pero el baile se trasforma de repente en camorra general, fin regular y natural del idilio de una genuina boda rústica de los buenos tiempos antiguos.

Políticamente considerado, el aldeano era un cero, mientras que el burgués se había hecho una entidad política que habían de tener en cuenta igualmente el estado feudal y la Iglesia, el imperio y el papado. Las ciudades alemanas en cuyo desarrollo han ejercido incontestablemente una influencia importantísima, directa é indirecta, las ciudades italianas, empezaron á medrar y prosperar precisamente en la época en que el romanticismo caballeresco empezó



BODA DE ALDEANOS.

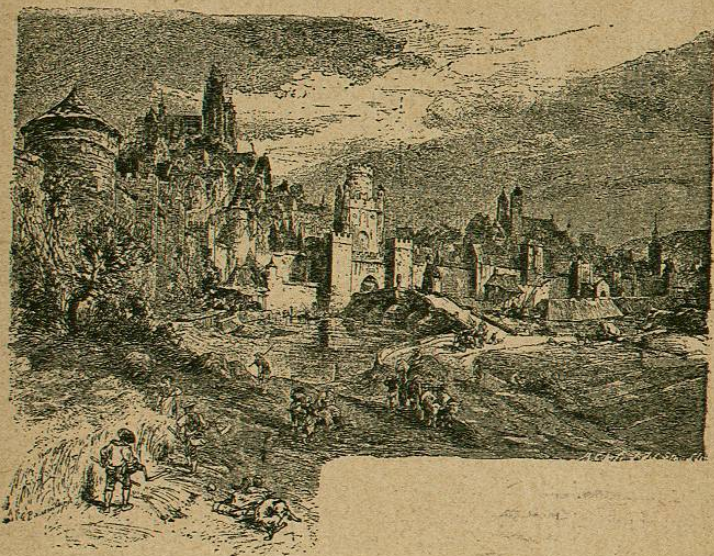
á decaer, manifestándose su prosperidad hácia fuera, porque en medio de la relajación del imperio, representaba la salubridad, fuerza y capacidad de progresar de comunidades republicanas consolidadas, y al interior realizando una gran reforma, el gobierno urbano. Esta reforma consistía en la transformación del gobierno aristocrático de los nobles de ciudad, en gobierno democrático gremial. Esta transformación, naturalmente, no se verificaba sin largas y graves luchas entre la nobleza y el pueblo, pues los burgueses viejos, las familias, los patricios, trataban de conservar su preponderancia con una tenacidad desesperada. Pero los gremios de los artesanos que representaban principalmente el poder de las ciudades de mantenerse y defenderse, sabían conquistarse poco á poco todos los derechos de ciudadanía, la participación en el usufruto de los bienes municipales, el derecho primero parcial y luego completo de desempeñar los cargos públicos, hasta que finalmente, en la gran mayoría de las ciudades, la democracia venció definitivamente á la aristocracia, estableciendo la mencionada forma del *gobierno gremial*. La lucha había sido empeñada, verificándose no solamente en batallas orales de las salas de consejos de las reuniones de los patricios y de los plebeyos, en sus respectivas tabernas ó casas de bebidas, sino también en sangrientos combates callejeros. Pocas eran las ciudades alemanas en que, como en Nuremberga, la nobleza urbana se sostuvo en la posesión del poder hasta la época de la reforma.

Como del interior de las ciudades el pueblo había llegado á sentir y conocer su fuerza en la lucha con los patricios, así mismo las ciudades en conjunto aprendieron á valuar su poder en la lucha contra la anarquía de la nobleza, cuyos tumultos llenaban la decadente Edad media. Nada había de ser más odioso á las ciudades industriales y comerciales, como las continuas perturbaciones de la paz pública por el derecho caballeresco, es decir, latroescos de la guerra privada (derecho del puño), el cual desde la decadencia del poder de los emperadores, había prevalecido cada vez más arbitrariamente. Para proteger su industria y su comercio y no menos para preservar su libertad burguesa contra las múltiples intrusiones de los príncipes, eclesiásticos y seculares en la vida urbana, los municipios alemanes emplearon en grande escala el gran recurso de la asociación, de cuya eficacia tenían una prueba en sus gremios, pues se juntaron para formar federaciones de ciudades, siendo de lamentar que la antigua calamidad nacional alemana, el espíritu centrifugo, sólo permitiese alianzas particulares, mas no una federación nacional de todas las ciudades. La más poderosa y célebre de todas, era la federación de las ciudades del Norte de Alemania, llamada Ansa, palabra flamenca que significaba originalmente una contribución para fines comunes. El origen de la Ansa era la alianza ofensiva y defensiva, negociada y jurada en el año 1241 por Hamburgo y Lubec, á la que se adhirieron pronto Wromswic y Bremen. En la época de su florecimiento la federación Anseática, la hazaña política más importante de la antigua burguesía alemana, comprendía ochenta y cinco ciudades con las cabezas Lubec, Colonia, Wromswic y Danzig. Mediante el acta federal deliberada y aceptada en Colonia en 1364, la unión recibió su

forma definitiva, interna y externa. En el siglo xv dominaba de hecho, no solamente en la Alemania del Norte, sino también en los países escandinavos, en el Báltico y en el mar del Norte, potencia marítima y terrestre que sin duda era un agente civilizador para la patria y el extranjero, á pesar de lo mezquino é interesado de su política enteramente comercial, la cual se manifestó aún, cuando en el siglo xv, según veremos luego, un hombre de grande ingenio intentó osadamente proponer para la federación una grandiosa tarea nacional y social. Las sociedades de la Alemania del Sur formaron también en el siglo xiv una poderosa alianza, constando ya en el año 1327 de las ciudades de Maguncia, Worms, Speier, Estrasburgo, Basilea, Friburgo, Zurich, Soleura, Berna, Constanza, Uberlinchen, Rabensburgo y Lindau. Más tarde uniéronse las ciudades renanas, franconas y suabio-suizas formando una liga que no tuvo mucho éxito en la *guerra grande* de las ciudades, que emprendió en el año 1388 contra la nobleza alta y baja de la Alemania del Sur que se habían unido por odio á las ciudades. En aquella época, la población, la capacidad defensiva y los recursos pecuniarios de las ciudades alemanas como Augsburgo y Estrasburgo, eran tan grandes, que podían armar á treinta ó cuarenta mil hombres; pero no se encontró ni un hombre de estado, ni ningún general, que hubiera podido combinar y dirigir á una grande empresa nacional todas estas abundantes fuerzas de la burguesía alemana.

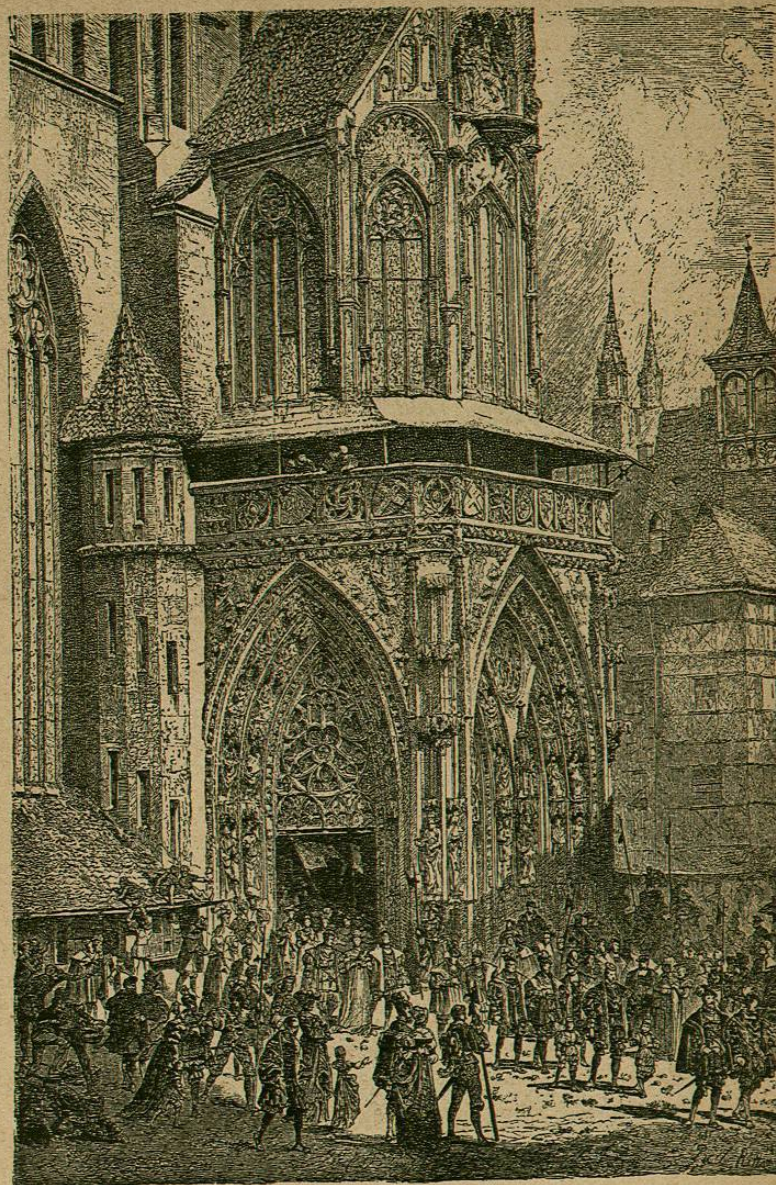
Todavía en el siglo xiii las más de las ciudades alemanas no ofrecían un aspecto muy grato con sus calles estrechas, tortuosas y húmedas, aglomeradas alrededor de su núcleo sólido, el castillo real ó ducal, el palacio del obispo ó del abad, y de cuyo aspecto pueden darnos una idea bastante clara las *calles de los judíos* que todavía existen hoy en varias ciudades, aunque algo cambiadas. En ciudades como Francfort y Augsburgo, todavía en el siglo xiv el material de construcción para las casas particulares era casi exclusivamente la madera, el barro, el junco y la paja. Como no había aún humeros ni chimeneas, los incendios eran casi diarios en las ciudades, y en atención al material de construcción, se comprende que los desastres habían de ser grandes, sobre todo siendo tan rudimentarios los aparatos de extinción. Sólo en el siglo xv hicieron reglamentos para la extinción de los incendios, y en el siglo xvi parecieron las primeras bombas. En el año 1518, Augsburgo podía jactarse de poseer semejante aparato, ciertamente uno de los más antiguos de Alemania. Pero los grandes incendios, destruyendo las casas viejas creaban espacio para una construcción más conveniente de casas y calles urbanas, levantándose desde entonces edificios construidos de material más sólido, prefiriéndose en el Sur de Alemania la piedra labrada y en el Norte de Alemania la piedra cocida, el ladrillo. Otro factor para modificar el aspecto exterior é interior de las ciudades, era el cambio producido en la manera de hacer la guerra por la invención y aplicación de la pólvora. El uso de la artillería en los sitios, hacía indispensable una nueva manera de fortificar más complicada, llamada abastionamiento, al que había de adaptar también más ó menos el interior de las ciudades. La forma típica exterior de una ciudad alemana de importancia del siglo xv, era la siguiente: alrededor del tér-

mino municipal extendiase un profundo foso que en tiempo de peligro podía llenarse de agua y que era defendido por torreones avanzados; detrás del foso elevábase el baluarte que llevaba como corona la muralla de recinto provista de almenas. En intervalos más ó ménos regulares la defensa del baluarte y de la muralla era reforzada por torreones sobresalientes, redondos ó cuadrados, hallándose entre dos, las puertas bien guardadas, coronadas de almenas y provistas de rastrillos, delante de las cuales había también los

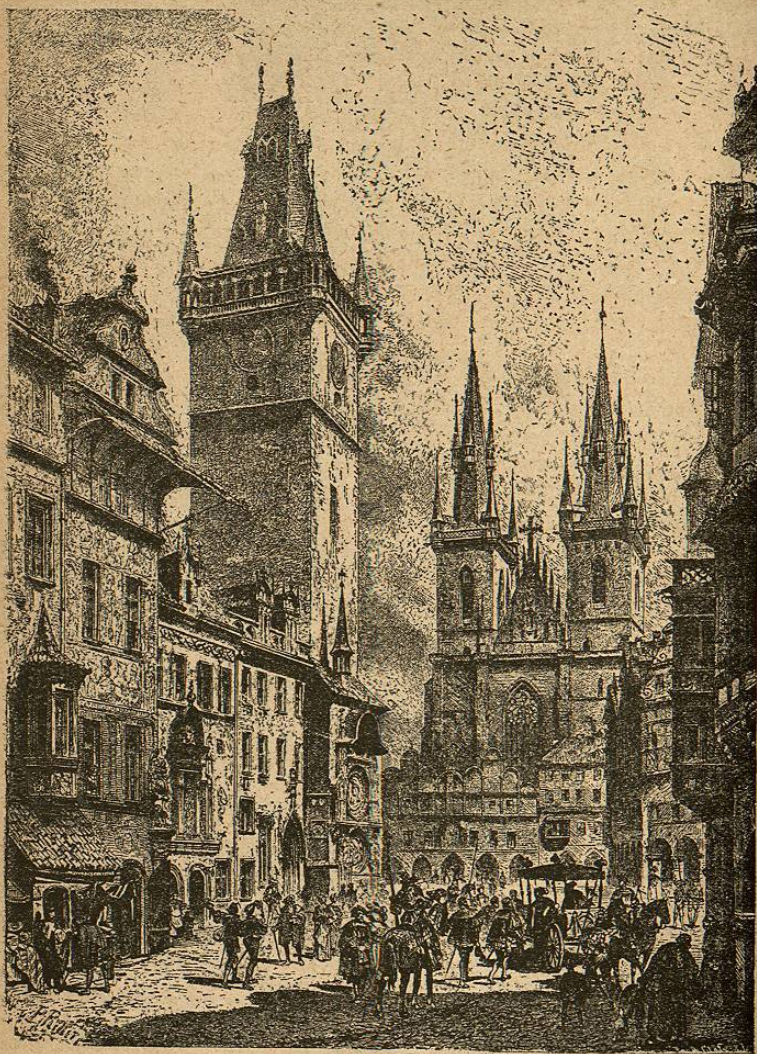


ASPECTO EXTERIOR DE UNA CIUDAD EN EL SIGLO XV.

puentes levadizos para pasar el foso. El que quiera saber qué aspecto tenía una puerta de ciudad modelo vaya á Basilea y mire allí la puerta de Spalen, ó lléguese á Lubec para contemplar la puerta de Holtens. Un rasgo bello de la vida urbana de la Edad media, ha sido el que los edificios públicos como las iglesias, las casas consistoriales, los bazares, los hospitales, las fuentes, se construían ya con mucho arte y gran dispendio, mientras que las casas particulares eran todavía sencillísimas en cuanto á construcción y arreglo interno. Algunas ciudades del Norte y del Sur de Alemania ostentan todavía hoy nobles testimonios de semejante patriotismo digno de encomio, como por ejemplo, las casas consistoriales de Wromswic y el palacio de Artus, de Danzig; la rica Nuremberga tenía la gloria merecida por cierto, del todo, en los siglos XVI y XVII, de ofrecer el más hermoso conjunto de ciudad de la Edad media en tierra alemana, como poseía y posee en su *fuelle hermosa*,



IGLESIA DE NTRA. SRA. DE NUREMBERGA.



VISTA DE CIUDAD DEL SIGLO XVI.

la más bella de Alemania. Por lo demás, el embellecimiento y la modificación de las ciudades progresaba muy lentamente; sólo en el siglo xiv generalizose el no tolerar en las calles, estercoleros y charcos de orines, introduciéndose además, en las ciudades principales, el empedrado de las calles. Hasta el siglo xv no empezaron las comunidades municipales á procurar con más esmero el acarreo de aguas potables y en la misma época las vidrieras comenzaron á sustituir en los edificios públicos las ventanas de paño. El aumento de la renta de las fincas urbanas, los productos del comercio, y el grado mayor de cultura, hacían posible á la nobleza urbana en la época posterior de la Edad media construir é instalar magníficamente sus *palacios y domicilios* conforme á todas las reglas del estilo profano de la arquitectura gótica, levantándose así, en Augsburgo, Ulm, Francfort, Munich, Viena, Maguncia, Colonia, Bremen, Lubeck, Breslau y otras ciudades alemanas, aquellas soberbias y elegantes casas de hidalgos urbanos y negociantes, de cuyo exterior pueden dar una idea la *casa de piedra* de Francfort y la casa de Nasau en Nuremberga y que en su interior estaban adornadas con mosaicos artísticamente enlazados y esculpidos, con muebles multiformes, con tapicería elegante, con vidrieras de color, con blandas alfombras y con *tesoros* (aparadores ó alacenas) que relucían de vajillas de oro y plata artísticamente labradas. En los siglos xv y xvi las ciudades alemanas tenían fama en el extranjero por su belleza, su riqueza y su buena vida. Eneas Silvio Piccolomini, más adelante papa Pio II, así como su paisano Bonfini, han trazado de la Viena de la segunda mitad del siglo xv una descripción verdaderamente entusiasta y seductora, que á la verdad no nos presentan los vieneses ni las vienasas como muy sobrios y honestos, muy al contrario. Al mismo tiempo los italianos, que debían saber lo que es hermoso, declaraban que no había ciudad más encantadora que Colonia, y en el siglo xvi, el francés más salado, Miguel de Montaigne, opinaba que Augsburgo era mucho más hermoso que París.

La prosperidad de las ciudades alemanas empezó á desarrollarse después de las grandes calamidades, las pestilencias físicas y morales de la *muerte negra*, de los flagelantes y de los degüellos de judíos que asolaron el país en el quinto decenio del siglo xiv. Procedente de la lejana China, la terrible epidemia de la muerte negra ó la *gran mortandad* como la llamaron los alemanes, recorrió toda Asia, invadió Europa y visitó Alemania con todo su furor en los años de 1348 á 1350. El número de las víctimas que arrebató fué inmenso, pues en Basilea murieron 14,000, en Estrasburgo 16,000, en Lubeck 9,000, en Danzig 13,000, en Weimar 5,000, en Erfurt 16,000, en Munster 11,000, en Tréveris 13,000, en Viena 40,000; en esta última ciudad ese cólera de la Edad media arrebató en un solo día 960. Muchas ciudades perdieron la mitad de su población. En el circuito del imperio alemán fallecieron de la única orden de los descalzos 124,434 frailes de la pestilencia, que en total quitó la vida á más de 25,000,000 de europeos. Para comprender los horribles estragos de la epidemia, hay que hacerse cargo de la grosera superstición de las masas que veían en ella un castigo de Dios contra el cual no había remedio; el estado poco avanzado de la medicina y la circunstancia de hacerse cada ciudad un